

BOLETÍN DE LETRAS

Número especial

Año 30, N° 60

2° Semestre 2015

ÍNDICE

Número Especial

Dossier

Poesía gauchesca de denuncia

Bartolomé Hidalgo

Tomados de *La Lira Argentina*, 1824

Presentación	3
Bartolomé Hidalgo <i>Diálogo patriótico entre Jacinto Chano y Ramón Contreras</i>	5
Bartolomé Hidalgo <i>Relación de Ramón Contreras a Jacinto Chano de las Fiestas Mayas de 1822 en Buenos Aires</i>	19

Copyright by EDICIONES FEPAI- M.T. de Alvear 1640, 1° piso E, Buenos Aires - Argentina.

Queda hecho el depósito de Ley 11.723.

Se permite la reproducción total o parcial del contenido de este Boletín, siempre que se mencione la fuente y se nos remita un ejemplar

ISSN 0326-8802

Bartolomé José Hidalgo

Nació en Montevideo, el 24 de agosto de 1788. Quedó huérfano en la niñez, viviendo con su madre y hermanas en Montevideo. Tuvo una buena formación escolar y a los 18 años se enroló en el llamado Batallón de Partidarios de Montevideo. En Paysandú recibió a José Artigas, quien en una carta lo trata afectuosamente y lo incorpora a la nómina de aquellos que facilitaron el Éxodo del Pueblo Oriental.

Escritor desde muy joven, ya a poco más de veinte años, sus poemas tienen connotación de carácter político. Compone su *Marcha Nacional Oriental* para conmemorar la firma del Armisticio entre la Junta de Buenos Aires y el Virrey montevideano Francisco Javier de Elío. Durante la Invasión Luso-Brasileña permaneció en Montevideo. Tuvo la dirección de la Casa de Comedias, pero luego de la invasión luso-brasileña viajó a Buenos Aires y viviendo como poeta criollo y donde redactó los *Cielitos* y *Diálogos Patrióticos*, que son su obra más completa e importante. Sus *Cielitos* cantan la peripecia patriótica, pero su inspiración va deviniendo después en poemas en los cuales se incorporan las primeras denuncias que luego continuarán otros escritores, como José Hernández.

Murió todavía joven, en Morón, 28 de noviembre de 1822. En Uruguay se designa el 24 de agosto como “Día Nacional del payador”, en referencia a su nacimiento, por resolución de la Cámara de Senadores en 1995. Además, la Cámara Uruguaya del Libro entrega los premios Bartolomé Hidalgo desde 1988.

Hay una edición crítica y completa reciente de su obra:
Bartolomé Hidalgo. Un patriota de las dos Bandas. Obra completa del primer poeta gauchí-político rioplatense. Edición crítica de Olga Fernández Latour de Botas., Buenos Aires, Editorial Docencia, 2018.

El estudio más actualizado de su trayectoria poética es
Olga Fernández Latour de Botas, *Bartolomé Hidalgo. Un poeta sanmartiniano*, de Olga Fernández Latour de Botas, Buenos Aires, Editorial Dunken, 2018.

*

En este número del Boletín de Letras FEPAI se editan dos poesías de contenido patriótico-político publicadas en *La Lira argentina* de 1824. La primera, *Diálogo patriótico interesante entre Jacinto Chano, capataz de una estancia en las Islas del Tordillo, y el gaucho de la Guardia del Monte*, de 1821, denuncia los pocos beneficios obtenidos por los patriotas a diez años de la Revolución de Mayo, los desaciertos cometidos por los gobiernos y la necesidad de unión entre los americanos para obtener la libertad definitiva.

La segunda, *Relación que hace el gaucho Ramón Contreras a Jacinto Chano, de todo lo que vio en las Fiestas Mayas en Buenos Aires, en el año 1822*, de ese mismo año. Describe los festejos conmemorativos del aniversario de la Revolución de Mayo de 1810, que mantuvieron en el Río de la Plata el nombre de Fiestas Mayas, según los comprende y los vive un gaucho de la Guardia de San Miguel del Monte, contándoselas a un amigo.

BARTOLOMÉ HIDALGO

**Diálogo patriótico interesante entre Jacinto Chano,
capataz de una estancia en las islas del Tordillo,
y el gaucho de la Guardia del Monte**

Se supone recién llegado a la Guardia del Monte el capataz Chano, y en casa del paisano Ramón Contreras (que es el gaucho de la Guardia).

Contreras

¡Conque, amigo! ¿diaonde diablos
sale? Meta el redomón,
desensille, votoalante...
¡Ah, pingo que da calor!

Chano

De las islas del Tordillo
salí en este mancarrón;
¡pero si es trabuco, Cristo!
¿Cómo está señó Ramón?

Contreras

Lindamente, a su servicio...
¿y se vino del tirón?

Chano

Sí, amigo; estaba de balde,
y le dije a Salvador:

“Andá, traeme el azulejo,
apretamelé el cinchón
porque voy a platicar
con el paisano Ramón”.
Y ya también salí al tranco,
y cuanto se puso el sol
cogí el camino y me vine;
cuando en esto se asustó
el animal, porque el poncho
las verijas le tocó...
¡Qué sosegarse este diablo!
A bellaquear se agachó
y conmigo a unos zanjones
caliente se enderezó.
Viendomé medio atrasado
puse el corazón en Dios
y en la viuda, y me tendí;
y tan lindo atropelló
este bruto, que las zanjas
como quiera las salvó.
¡Eh puta, el pingo ligero!
¡Bien haya quien lo parió!
Por fin, después de este lance
del todo se sosegó,
y hoy lo sobé de mañana
antes de salir el sol,
de suerte que está el caballo
parejo que da temor.

Contreras

¡Ah, Chano... pero si es liendre
en cualquiera bagualón!...
Mientras se calienta el agua

y echamos un cimarrón,
¿qué novedades se corren?

Chano

Novedades... que sé yo;
hay tantas que uno no acierta a
qué lado caerá el dos,
aunque lo esté viendo el lomo.
Todo el pago es sabedor
que yo siempre por la causa
anduve al frío y calor.
Cuando la primera patria,
al grito se presentó
Chano con todos sus hijos,
¡ah, tiempo aquel, ya pasó!
Si fue en la patria del medio,
lo mismo me sucedió;
pero amigo en esta patria...
Alcancemé un cimarrón.

Contreras

No se corte, dele guasca,
siga la conversación,
velay mate: todos saben
que Chano, el viejo cantor,
adonde quiera que vaya
es un hombre de razón,
y que una sentencia suya
es como de Salomón.

Chano

Pues bajo de ese entender
emprestemé su atención,
y le diré cuanto siente
este pobre corazón,
que como tórtola amante
que a su consorte perdió,
y que anda de rama en rama
publicando su dolor;
así yo de rancho en rancho
y de tapera en galpón,
ando triste y sin reposo,
cantando con ronca voz
de mi patria los trabajos,
de mi destino el rigor...
En diez años que llevamos
de nuestra revolución
por sacudir las cadenas
de Fernando el baladrón,
¿qué ventaja hemos sacado?
Las diré, con su perdón.
Robarnos unos a otros,
aumentar la desunión, 90
querer todos gobernar,
y de facción en facción
andar sin saber que andamos:
resultando, en conclusión,
que hasta el nombre de paisano
parece de mal sabor;
y en su lugar yo no veo sino un eterno rencor
y una tropilla de pobres,
que metida en un rincón
canta al son de su miseria:

¡no es la miseria mal son!

Contreras

¿Y no se sabe en que diasques
este enredo consistió?
¡La pujanza en los paisanos
que son de mala intención!
Usted que es hombre escrito,
por su madre digaló,
que aunque yo compongo cielos
y soy medio payador,
a usted le rindo las armas
porque sabe más que yo.

Chano

Desde el principio, Contreras,
esto ya se equivocó.
De todas nuestras provincias
se empezó a hacer distinción,
como si todas no fuesen
alumbradas por un sol;
entraron a desconfiar
unas de otras con tesón,
y al instante la discordia
el palenque nos ganó,
y cuanto nos descuidamos
al grito nos revolcó.
¿Por qué nadie sobre nadie
ha de ser más superior?
El mérito es quien decide.
Oiga una comparación:
quiere hacer una volteada

en la estancia del Rincón
el amigo Sayavedra.
Pronto se corre la voz
del pago entre la gauchada;
ensillan el mancarrón
más razonable que tienen,
y afilando el alfajor
se vinieron a la oreja
cantando versos de amor;
llegan, voltean, trabajan,
pero, amigo, del montón
reventó el lazo un novillo
y solito se cortó,
y atrás dél, como langosta,
el gauchaje se largó...
¡Qué recostarlo, ni en chanza!
Cuando en esto lo atajó
un muchacho forastero,
y a la estancia lo arrimó.
Lo llama el dueño de casa
mira su disposición
y al instante lo conchaba.
Ahora, pues, pregunto yo:
¿el no ser de la cuadrilla
hubiera sido razón
para no premiar al mozo?
Pues oiga la aplicación.
La ley es una no más,
y ella da su protección
a todo el que la respeta.
El que la ley agravió
que la desagравie al punto:
esto es lo que manda Dios,
lo que pide la justicia

y que clama la razón;
sin preguntar si es porteño
el que la ley ofendió,
ni si es salteño o puntano,
ni si tiene mal color.
Ella es igual contra el crimen
y nunca hace distinción
de arroyos ni de lagunas,
de rico ni pobretón:
para ella es lo mismo el poncho
que casaca y pantalón;
pero es platicar de balde,
y mientras no vea yo
que se castiga el delito
sin mirar la condición,
digo que hemos de ser libres
cuando hable mi mancarrón.

Contreras

Es cierto cuanto me ha dicho,
y mire que es un dolor
ver estas rivalidades,
perdiendo el tiempo mejor
solo en disputar derechos
hasta que, ¡no quiera Dios!,
se aproveche algún cualquiera
de todo nuestro sudor.

Chano

Todos disputan derechos,
pero, amigo, sabe Dios
si conocen sus deberes:

de aquí nace nuestro error, n
uestras desgracias, y penas;
yo lo digo, sí señor,
¡qué derechos ni qué diablos!
Primero es la obligación,
cada uno cumpla la suya,
y después será razón
que reclame sus derechos;
así en la revolución
hemos ido reculando,
disputando con tesón
el empleo y la vereda,
el rango y la adulación.
Y en cuanto a los ocho pesos...
¡El diablo es éste, Ramón!

Contreras

Lo que a mí me causa espanto
es ver que ya se acabó
tanto dinero, ¡por Cristo!
¡Mire que daba temor
tantísima pesería!
¡Yo no sé en qué se gastó!
Cuando el general Belgrano
(que esté gozando de Dios)
entró en Tucumán, mi hermano
por fortuna lo topó,
y hasta entregar el rosquete
ya no lo desamparó.
Pero, ¡ah contar de miserias!
De la misma formación
sacaban la soldadesca
delgada que era un dolor,

con la ropa hecho miñangos,
y el que comía mejor
era algún trigo cocido
que por fortuna encontró.
Los otros, cuál más, cuál menos
sufren el mismo rigor.
Si es algún buen oficial
que al fin se inutilizó,
da cuatrocientos mil pasos
pidiendo por conclusión
un socorro: no hay dinero...,
vuelva..., todavía no...
Hasta que sus camaradas
(que están también de mi flor)
le largan una camisa
unos cigarros y a Dios...
Si es la pobre y triste viuda
que a su marido perdió
y que anda en las diligencias
de remediar su aflicción,
lamenta su suerte ingrata
en un mísero rincón.
De composturas no hablemos:
vea lo que me pasó
al entrar en la ciudad;
estaba el pingo flacón
y en el pantano primero
lueguito ya se enterró,
seguí adelante, ¡ah barriales!
Si daba miedo, señor.
Anduve por todas partes
y vi un grande caserón
que llaman de las comedias,
que hace que se principió

muchos años, y no pasa
de un abierto corralón;
y dicen los hombres viejos
que allí un caudal se gastó,
tal vez al hacer las cuentas
alguno se equivocó
y por decir cien mil pesos...
Velay otro cimarrón.
Si es en el Paso del Ciego,
allí Tacuara perdió
la carreta el otro día;
y él por el Paso cortó
porque le habían informado
que en su gran composición
se había gastado un caudal,
con que, amigo, no sé yo,
por más que estoy cavilando,
adónde está el borbollón.

Chano

Eso es querer saber mucho
si se hiciera una razón
de toda la plata y oro
que en Buenos Aires entró
desde el día memorable
de nuestra revolución,
y, después, de buena fe,
se diera una relación
de los gastos que han habido,
el pescuezo apuesto yo
a que sobraba dinero
para formar un cordón
desde aquí a Guasupicú;

pero, en tanto que al rigor
del hambre parece el pobre,
el soldado de valor,
el oficial de servicios,
y que la prostitución
se acerca a la infeliz viuda
que mira con cruel dolor
padecer a sus hijuelos;
entretanto, el adulón,
el que de nada nos sirve
y vive en toda facción,
disfruta grande abundancia;
y como no le costó nada el andar remediado
gasta más pesos que arroz.
Y, amigo, de esta manera,
en medio del pericón
el que tiene, es Don Fulano,
y el que perdió, se amoló;
sin que todos los servicios
que a la patria le prestó,
lo libren de una roncada
que le largue algún pintor.

Contreras

Pues yo siempre oí decir
que ante la ley era yo
igual a todos los hombres.

Chano

Mismamente, así pasó,
y en papeletas de molde
por todo se publicó;

pero hay sus dificultades
en cuanto a la ejecución.
Roba un gaucho unas espuelas,
o quitó algún mancarrón,
o del peso de unos medios
a algún paisano alivió:
lo prenden, me lo enchalecan.
Y en cuanto se descuidó
le limpiaron la caracha,
y de malo y salteador
me lo tratan, y a un presidio
lo mandan con calzador;
aquí la ley cumplió, es cierto,
y de esto me alegre yo;
quien tal hizo que tal pague.
Vamos pues a un señorón.
Tiene una casualidad...
Ya se ve... se remedió...
Un descuido que a cualquiera
le sucede, sí, señor.
Al principio mucha bulla,
embargo, causa, prisión,
van y vienen, van y vienen,
secretos, admiración,
¿qué declara?: que es mentira,
que él es un hombre de honor.
¿Y la mosca? No se sabe,
el estado la perdió;
el preso sale a la calle
y se acaba la función,
¿y esto se llama igualdad?
¡La perra que me parió!
En fin, dejemos, amigo,
tan triste conversación,

pues no pierdo la esperanza
de ver la reformación.
Paisanos de todas layas,
perdonad mi relación:
ella es hija de un deseo
puro y de buena intención.
Valerosos generales
de nuestra revolución,
gobierno a quien le tributo
toda mi veneración,
que en todas vuestras acciones
os dé su gracia el Señor,
para que enmendéis la plana
que tantos años se erró;
que brille en vuestros decretos
la justicia y la razón,
que el que la hizo la pague,
premio al que lo mereció,
guerra eterna a la discordia,
y entonces sí creo yo
que seremos hombres libres
y gozaremos el don
más precioso de la tierra:
americanos, unión,
os lo pide humildemente
un gaucho con ronca voz
que no espera de la patria
ni premio ni galardón,
pues desprecia las riquezas
porque no tiene ambición.
Y con esto, hasta otro día,
mande usté, amigo Ramón,
a quien desea servirle
con la vida y corazón.

Esto dijo el viejo Chano
y a su pago se marchó;
Ramón se largó al rodeo
y el diálogo se acabó.

BARTOLOMÉ HIDALGO

**Relación que hace el gaucho Ramón Contreras a Jacinto Chano,
de todo lo que vio en las fiestas mayas en Buenos Aires, en el año 1822**

Chano

¡Conque, mi amigo Contreras,
qué hace en el ruano gordazo!,
pues desde antes de marcar
no lo veo por el Pago.

Contreras

Tiempo hace que le ofrecí
el venir a visitarlo,
y lo que se ofrece es deuda:
¡pucha! pero está lejazos.
Mire que ya el mancarrón
se me venía aplastando.
¿Y usted no fue a la ciudad
a ver las fiestas este año?

Chano

¡No me lo recuerde, amigo!
Si supiera, ¡voto al diablo!,
lo que me pasa, ¡por Cristo!
-Se apareció el veinticuatro
Sayavedra el domador
a comprarme unos caballos:
le pedí a dieciocho reales,

le pareció de su agrado,
y ya no se habló palabra,
y ya el ajuste cerramos,
por señas, que el trato se hizo
con caña y con mate amargo.
Caliéntase Sayavedra,
y con el aguardientazo
se echó atrás de su palabra,
y deshacer quiso el trato.
Me dio tal coraje, amigo,
que me aseguré de un palo,
y en cuanto lo descuidé,
sin que pudiera estorbarlo
le acudí con cosa fresca:
sintió el golpe, se hizo gato,
se enderezó, y ya se vino
el alfajor relumbrando;
yo quise meterle el poncho,
pero, amigo, quiso el diablo
trompezase en una taba,
y lueguito mi contrario
se me durmió en una pierna
que me dejó coloreando.
En esto llegó la gente
del puesto, y nos apartaron.
Se fue y me quedé caliente
sintiendo, no tanto el tajo
como el haberme impedido
ver las funciones de Mayo:
de ese día por el cual
me arrimaron un balazo,
y pelearé hasta que quede
en el suelo hecho miñangos.
Si usted estuvo, Contreras,

cuénteme lo que ha pasado.

Contreras

¡Ah, fiestas lindas, amigo!
No he visto en los otros años
funciones más mandadoras,
y mire que no lo engaño.
El veinticuatro a la noche
como es costumbre empezaron.
Yo vi unas grandes columnas
en coronas rematando
y ramos llenos de flores
puestos a modo de lazos.
Las luces como aguacero
colgadas entre los arcos,
el cabildo, la pirami,
la recova y otros lados,
y luego la versería,
¡ah, cosa linda!, un paisano
me los estuvo leyendo;
pero ¡ah, poeta cristiano,
que décimas y que trobos!
Y todo siempre tirando
a favor de nuestro aquél
Luego había en un tablado
musiquería con fuerza
y bailando unos muchachos
con arcos y muy compuestos,
vestidos de azul y blanco,
y al acabar, el más chico,
una relación echando
me dejó medio... quién sabe,
¡ah, muchachito liviano,

por Cristo que le habló lindo
al veinticinco de Mayo!
Después siguieron los fuegos
y cierto que me quemaron
porque me puse cerquita,
y de golpe me largaron
unas cuantas escupidas
que el poncho me lo cribaron.
A las ocho, de tropel,
para la Merced tiraron
las gentes a las comedias;
yo estaba medio cansado
y enderecé a lo de Roque.
Dormí, y al cantar los gallos
ya me vestí; calenté agua,
estuve cimarroneando;
y luego para la plaza
cogí y me vine despacio:
llegué ¡bien haiga el humor!
llenitos todos los bancos
de pura mujerería,
y no amigo cualquier trapo,
sino mozas como azúcar.
Hombres, eso era un milagro;
y al punto en varias tropillas
se vinieron acercando
los escueleros mayores,
cada uno con sus muchachos,
con banderas de la patria
ocupando un trecho largo.
Llegaron a la pirami
y al dir el sol coloreando
y asomando una puntita...
bracatán, los cañonazos,

la gritería, el tropel,
música por todos lados,
banderas, danzas, funciones,
los escuelistas cantando,
y después salió uno solo
que tendría doce años,
nos echó una relación...
¡Cosa linda, amigo Chano!
Mire que a muchos patriotas
las lágrimas les saltaron.
Más tarde, la soldadesca
a la plaza fue dentrando
y desde el fuerte a la iglesia
todo ese tiro ocupando.
Salió el gobierno a las once
con escolta de a caballo,
con jefes y comandantes
y otros muchos convidados,
doctores, escribinistas,
las justicias a otro lado;
detrás, la oficialería
los latones culebreando.
La soldadesca hizo cancha
y todos fueron pasando
hasta llegar a la iglesia.
Yo estaba medio delgado
y endecé a un bodegón,
comí con Antonio el manco,
y a la tarde me dijeron
que había sortija en el Bajo;
me fui de un hilo al paraje,
y cierto, no me engañaron.
En medio de la Alameda
había un arco muy pintado

con colores de la patria.
Gente, amigo, como pasto.
Y una mozada lucida
en caballos aperados
con pretales y coscojas
pero pingos tan livianos
que a la más chica pregunta
no los sujetaba el diablo.
Uno por uno rompía
tendido como lagarto,
y... zas... ya ensartó... ya no...
¡oiganlé, que pegó en falso!
¡Qué risa, y qué boracear!
Hasta que un mocito amargo
le aflojó todo al rocín
y, ¡bien haiga el ojo claro!,
se vino al humo, llegó
y la sortija ensartando
le dio una sentada al pingo y todos
¡Viva! gritaron.
Vine a la plaza: las danzas
seguían en el tablado;
y vi subir a un inglés
en un palo jabonado
tan alto como un ombú,
y allá en la punta colgando
una chuspa con pesetas,
una muestra y otros varios
premios para el que llegase.
El inglés era baqueano:
se le prendió al palo viejo,
y moviendo pies y manos
al galope llegó arriba,
y al grito ya le echó mano

a la chuspa y se largó
de un pataplús hasta abajo.
De allí a otro rato volvió
y se trepó en otro palo
y también sacó una muestra,
¡bien haiga el bisteque diablo!
Después se treparon otros
y algunos también llegaron.
Pero lo que me dio risa
fueron, amigo, otros palos
que había con unas guascas
para montar los muchachos,
por nombre rompe-cabezas;
y en frente, en el otro lado,
un premio para el que fuese
hecho rana hasta toparlo;
pero era tan belicoso
aquel potro, amigo Chano,
que muchacho que montaba
contra el suelo, y ya trepando
estaba otro, y zas al suelo;
hasta que vino un muchacho
y, sin respirar siquiera,
se fue el pobre resbalando
por la guasca, llegó al fin
y sacó el premio acordado.
Pusieron luego un pañuelo
y me tenté, ¡mire el diablo!;
con poncho y todo trepé
y en cuanto me lo largaron
al infierno me tiró,
y sin poder remediarlo
(perdonando el mal estilo)
me pegué tan gran culazo

que si allí tengo narices
quedo para siempre ñato.
Luego encendieron las velas
y los bailes continuaron,
la cuetería y los fuegos.
Después, todos se marcharon
otra vez a las comedias.
Yo quise verlas un rato
y me metí en el montón,
y tanto me rempujaron
que me encontré en un galpón,
todo muy iluminado,
con casitas de madera
y en el medio muchos bancos.
No salían las comedias
y yo ya estaba sudando,
cuando, amigo, de repente
árdese un maldito vaso
que tenía luces dentro
y la llama subió tanto
que pegó fuego en el techo;
alborotose el cotarro,
y yo, que estaba cerquita
de la puerta, pegué un salto
y ya no quise volver.
Después me anduve paseando
por los cuarteles, que había
también muy bonitos arcos
y versos que daba miedo.

Llegó el veintiséis de Mayo
y siguieron las funciones
como habían empezado.
El veintisiete, lo mismo;

un gentío temerario
vino a la plaza: las danzas,
los hombres subiendo al palo,
a porfía los muchachos.
Luego con muchas banderas
otros niños se acercaron
con una imagen muy linda
y un tamborcito tocando.
Pregunté qué virgen era,
la Fama, me contestaron;
al tablado la subieron
y allí estuvieron un rato,
a donde uno de los niños
los estuvo proclamando
a todos sus compañeros.
¡Ah, pico de oro! Era un pasmo
ver al muchacho caliente,
y más patriota que el diablo.
Después hubo volantines,
y un inglés todo pintado,
en un caballo al galope
iba dando muchos saltos.
Entretanto, la sortija
la jugaban en el Bajo.
Por la plaza de Lorea,
otros también me contaron
que había habido toros lindos.
Yo estaba ya tan cansado
que así que dieron las ocho
corté para lo de Alfaro,
donde estaban los amigos
en beberaje y fandango:
eché un cielito en batalla,
y me resbalé hasta un cuarto

donde encontré a unos calandrias
calientes jugando al paro.
Yo llevaba unos realitos,
y así que echaron el cuatro
se los planté, perdí en boca,
y sin medio me dejaron.
En esto un catre viché,
y me le fui acomodando,
me tapé con este poncho
y allí me quedé roncando.
Esto es, amigo del alma,
lo que he visto y ha pasado.

Chano

Ni oirlo quisiera, amigo,
como ha de ser, padezcamos
a bien que el año que viene,
si vivo iré a acompañarlo,
y la correremos juntos.

Contreras lió su recado
y estuvo allí todo un día;
y al otro, ensilló su ruano,
y se volvió a su querencia
despidiéndose de Chano.